

## DISCURSO

CONTRA

### EL MENSAJE Ó CONTESTACION Á LA CORONA,

VULGARMENTE CONOCIDO CON EL DICTADO DEL DISCURSO DE LA BENEVOLENCIA.

En este discurso me propuse dos objetos: 1.º, examinar los títulos de la dinastía de Saboya á la corona; 2.º, destruir la coalicion, que imposibilitaba el desarrollo de los principios democráticos. Este segundo objeto lo alcancé inmediatamente. La coalicion se rompió desde entónces, y á ello, en primer lugar, contribuyeron las declaraciones finales de este largo discurso.

SESIONES DEL 22 Y 23 DE JUNIO DE 1871.

El Sr. CASTELAR: Señores Diputados, yo no puedo de ninguna suerte comenzar mi discurso sin consagrar algunas, aunque pocas, palabras al aniversario que hoy conmemoran los anales de la libertad española. En este dia y á esta hora, señores Diputados, concluía la sublevacion que los Ministros de Estado, de la Gobernacion y de Fomento capitaneaban contra los Ministros de Gracia y Justicia y Ultramar, contra el Presidente del Consejo de Ministros. Yo no puedo de ninguna manera olvidarme de que en este dia, y á estas horas, comenzábamos á huir el Ministro de Estado y yo, como huyen los corderos de los dientes del lobo; comenzábamos á huir de la gran victoria obtenida por el Sr. Presidente del Consejo de Ministros. ¡Qué cambio! Los lobos y los corderos viven reunidos en idén-

tico redil. Esto pudiera significar que ha llegado la época tranquila, felicísima, prometida al mundo por las églogas virgilianas, aunque yo me propongo demostraros que si el redentor ha venido, la redencion no está hecha.

En medio de tan grandes desastres para unos, de tantos goces y de tantos desenfrenos de poder para otros, las víctimas yacen hoy completamente olvidadas. Yo imaginaba que esta mayoría, obligada á ello por tantos motivos, consagraria á su recuerdo alguna proposicion. Pero, como no lo ha hecho, permitidme á mí, á mí que nada he recogido del festin de la victoria, permitidme que, siempre entusiasta por los mártires y los héroes de la libertad, les consagre un recuerdo de gratitud, y opongá al egoismo triunfante y olvidadizo, mi culto por los grandes sacrificios. No digo más sobre este asunto.

Señores Diputados, la discusion del mensaje llega á nuestras manos en condiciones bien tristes. Aquí no hemos podido discutir ninguno de los grandes problemas políticos, á pesar de que debiamos haber examinado todo lo ocurrido desde el 16 de Noviembre hasta la fecha. No hemos podido discutir nada durante el debate de actas, porque no habia ni oportunidad para los otros asuntos, ni competencia en nosotros. Necesitábase toda mi audacia parlamentaria y toda la benevolencia que me dispensa el Sr. Presidente del Congreso para intentarlo siquiera. Los sábados no se encuentra ocasion de hablar tampoco. Hay muchos Diputados curiosos. Mas, ¡cosa rara! los curiosos por excelencia suelen ser los Diputados de la mayoría.

No podemos, pues, entrar resueltamente en una franca y extensa interpelacion. Ahora llega este gran debate político en que podiamos dilucidar todo género de problemas; ahora, en esta única ocasion de ejercer

con amplitud nuestro derecho de crítica, se alza el Ministerio y nos dice: « Sabrán ustedes que me he muerto. » Y cuando uno se encuentra delante de un muerto, sobre todo si el muerto era jóven, lo primero que ocurre decir, es: « ¡ Pobrecito ! ¡ Qué bueno era ! » (*Risas.*)

Esto prueba evidentemente que lo inmortal en el mundo es la virtud; que el mal es pasajero, y las malas cualidades perecen con nosotros, quedando solamente las buenas en la memoria de los hombres.

Señores, se tomó por cosa tan formal la muerte del Ministerio, que algunos compañeros, algunos amigos míos de oposicion se conmovieron, y teniendo presentadas proposiciones de censura, las retiraron á esta sencilla palabra: ¿quién discute con un muerto? Yo, señores, desde aquel sitio me sonreia; no porque sea cruel, nada de eso. Yo no puedo parecerme al bárbaro Emperador romano, que en el campo de matanza, viendo las legiones vencidas y segadas, exclamaba: « ¡ Qué bien huele la carne del enemigo muerto ! »

No es, señores, mi ánimo contender con el Ministerio sobre si está vivo ó está muerto. ¿Quién lo habia de saber mejor que él? ¿Habia de representar yo á la inversa el papel de cierto médico, que llamado á la cabecera de un enfermo grave, miróle y dijo: « Está muerto »? Y como el enfermo abriera los ojos, y exclamára: « Estoy vivo », replicóle el médico: « Calle el bellaco, ¿querrá saber de medicina más que yo? »

Sonreíame, porque me acordaba de un cuento que oí referir á mis abuelos. (Eran muy religiosos, y por eso creo no ofender los oídos de cierta fraccion de la izquierda.) Un devoto visitaba su parroquia en Juéves Santo y escuchaba el sermón de Pasión. La iglesia era un mar de lágrimas, su atmósfera una tempestad de sollozos. Y el devoto se sonreia con serenidad perfec-

ta. Otro, que lo observaba, acercóse y le dijo: « Usted tiene entrañas de cal y canto. ¿No le conmueve la muerte de Nuestro Señor Jesucristo? — No; porque estoy en el secreto. — ¿En qué secreto? — En el secreto de que pasado mañana resucita. » (*Risas.*)

Ya que estamos en vena de cuentos, he de traer, aunque no venga á pelo, otro. Porque, como decia un sabio, maestro mio en lengua hebrea, cuando los cuentos no vienen á pelo, se traen.

Todos los señores Diputados habrán oido nombrar á Lord Brougham. Era un eminente crítico y un orador eminentísimo. Sus artículos en la *Revista de Edimburgo* son conocidos, y sus oraciones en el proceso de la reina Carolina jamas serán olvidadas. Pero como nadie es profeta en su patria, tenía muchos enemigos en Inglaterra. Atribuíansele ciertos acerbos artículos célebres que fustigaban á Lord Byron, y que jamas le perdonó la juventud literaria, tocada del escepticismo que aquejára al gran poeta de la duda. Sabíase que, al fundarse la República francesa, habia ¡él! patricio británico, dignidad considerada por los ingleses igual ó superior á la dignidad de los antiguos patricios romanos; habia pedido carta de ciudadano frances; peticion que heria al orgullo de sus conciudadanos; peticion que jamas le perdonaron, señores Diputados, ni las gentes de su nacion ni las gentes de su raza.

Disgustado de estas enemistades, refugiábase, como todos los hombres superiores, en la esperanza de que en la muerte encontraria justicia. Pero quiso, con una extravagancia completamente inglesa, anticiparse esta satisfaccion y leer cuanto de él dirian los periódicos despues de muerto. Encerróse vivo en apartada habitacion de su castillo, y anunció con toda solemnidad que se habia muerto. Muchos periódicos cayeron en la red, y publicaron laudatorios artículos. Pero el que lord

Brougham recibia primero, conoció por una infidelidad doméstica el capricho del célebre orador, y anunció su muerte con estas ó parecidas palabras, que dejaron frio al protagonista de mi historia: « Lord Brougham ha muerto. Se creia un gran escritor, se creia un gran orador, y no era más que un grande majadero. » (*Risas.*)

Pues, señores, yo sé que este Ministerio no ha muerto, que no puede morir, sin que al mismo tiempo mate cosas más altas. Voy á combatirle, pues, como si estuviera vivo, en la seguridad de que aún nos ha de dar grandes pesadumbres.

Señores, la contestacion al discurso de la Corona embarga naturalmente el ánimo de las Córtes españolas. Toda política, así interior como exterior, se dilucida al dilucidarse este principalísimo asunto. Siempre de importancia, hoy es de excepcional gravedad. Hase fundado un nuevo régimen, y las primeras Córtes que de ese régimen brotan dirigen al Rey palabras de inmensa trascendencia, no sólo para nuestra Patria, sino también para toda Europa; no sólo para toda Europa, sino también para la tierra entera. Los pueblos son como enjambres, que en cada nacionalidad contribuyen á fabricar la miel de la vida universal. Las ideas que aquí vertemos, las reformas que aquí maduramos, cambian la conciencia humana. Cuando desde nuestro estrecho horizonte sensible convertimos los ojos á todo el planeta, vemos que los continentes se rigen por leyes universales é incontrastables; que Asia es la tierra inmóvil de lo pasado, la tierra patriarcal de los imperios, de las teocracias, de las castas; Europa la tierra volcánica de lo presente, la tierra del combate entre los antiguos poderes y las nuevas ideas; mientras América, sobre todo la América sajona, con sus inmensos territorios vírgenes, con sus repúblicas nacientes, con

su equilibrio entre la estabilidad y el progreso, con su armonía entre la libertad y la democracia, es el continente de lo porvenir, la inmensa pizarra tendida por Dios entre el Atlántico y el Pacífico, para que el género humano plantee y ensaye y resuelva todos los problemas sociales.

El momento es supremo y angustioso. Los últimos años del siglo XIX, que se van ya acercando, pueden ser tan graves y tan solemnes como aquellos últimos años del siglo XVIII en que estalló la revolucion francesa. A Europa le toca decidir si ha de confundirse con el Asia, poniendo sobre sus tierras viejos altares, sobre sus altares viejos ídolos, sobre sus ídolos inmóviles teocracias, sobre sus teocracias despóticas imperios; ó si ha de ir por el trabajo, por la república, por la libertad, por el derecho, á colaborar con América en la obra de la civilizacion universal. Y órgano importante, importantísimo de esta civilizacion es nuestra España, que no deja consumirse un siglo sin pasmar á la tierra, sin deslumbrar á la historia. Cuando la revolucion de Setiembre sobrevino, yo anuncié que cambiaria radicalmente la faz de Europa; yo, que acostumbrado á mirar la trama de la vida humana en la historia, conozco, no por mi talento, sino por mi cargo, las relaciones simpáticas y misteriosas de unos pueblos con otros pueblos. ¡ Cuántos me llamaban á la sazón soñador y visionario! Mis anuncios, sin embargo, se han cumplido. Por una cuestion española, por una candidatura al Trono español, impremeditadamente reconstruido, se ha desencadenado la guerra universal; ha caido en demencia y en desmembracion un pueblo ilustre; ha levantado su frente el antiguo imperio germánico, y ha descendido de su trono el Pontífice, encerrando para siempre en las ruinas del antiguo mundo, en las catacumbas, de que brotáran las fuentes misteriosas del mundo moder-

no, los tiempos feudales y teocráticos, que aún quedaban en el horizonte de nuestro siglo, como sombras casi disipadas, pero todavía no perdidas, de la Edad Media.

Cuando volvemos los ojos desde estas grandes constelaciones de ideas á nuestra política diaria, ¡qué mezquina debe parecernos! Sin embargo, así como un solo átomo es necesario á la vida del universo, un solo hecho político, el más insignificante, es tan necesario á la vida de la sociedad, que encierra gérmenes de grandes bienes ó de grandes desgracias sociales. Así, la herida abierta en el derecho individual de una sola persona, la violacion de un artículo oscuro de leyes olvidadas, la irresponsabilidad sistemática de autoridades responsables, el falseamiento del voto de ignorados electores, la prision de un escritor arrancado á sus jueces naturales, el desconocimiento de las facultades del Estado y el desconocimiento de los derechos del ciudadano, siquier sea por una sola vez y en un solo individuo, trae enfermedades sociales como la enfermedad que nosotros padecemos hoy: Monarquía sin autoridad y sin prestigio; Iglesia ni dentro ni fuera del Estado; democracias tocando en los límites de la oligarquía; periódicos llamados libres, que tiemblan bajo el látigo de la arbitrariedad judicial y gimen entre los cerrojos de las cárceles; derechos escritos con gran pompa y vulnerados con gran descaro; administracion oscura y confusa, que perturba la vida natural de los municipios y de las provincias; Tesoro exhausto; Hacienda en ruinas; partidos disueltos: colonias, ó siervas ó rebeldes; ejército prepotente; los generales siempre en el poder; los pueblos siempre en la abyeccion y en la miseria; y sobre tantos errores y tantos males, alzándose como una inmensa sombra, cierta manera de dominacion extraña, más odiosa cuanto más hipócrita; dominacion extranje-

ra, que nos obliga á dudar de nosotros mismos, de nuestro carácter nacional, y á temer que nos persigan hasta más allá de la tumba las maldiciones de nuestros padres, cuyos huesos se hallan esparcidos en los desfiladeros de Covadonga y del Bruch, bajo las ondas de Cádiz, sobre la sagrada tierra de Zaragoza y de Gerona, en holocausto á este gran principio, al gobierno de la Nacion por sus propios ciudadanos é hijos, principio inmortal, principio inextinguible, puesto que España, ó no es nada en el mundo, ó no representa nada en el mundo, ó es el poema vivo de la independencia, el ejemplo eterno donde aprenden todas las Naciones oprimidas, desde Bohemia hasta Polonia, y todas las Naciones desmembradas, desde Grecia hasta Francia, cómo se pelea por la dignidad nacional, cómo se muere por la libertad y por la Patria. (*Ruidosos aplausos.*)

La responsabilidad de los hombres y de los partidos que á estos extremos nos trajeron, grande es hoy ante el mundo, pero será mañana mayor ante la historia. Todos los gobiernos tienen limitada su accion á un tiempo breve. La accion de los Ministros actuales era trascendental á muchos tiempos. Miétras la mayor parte de los gobiernos tienen por fin conservar un régimen ó mejorarlo paulatinamente, este Gobierno tenía otro más alto y más difícil fin: fundar un régimen nuevo y acreditarlo en sus comienzos. Y para fundar un régimen á cuya perennidad hay que aspirar, se necesita mucha pureza y mucho desinterés en los móviles, mucha extension de miras, gran suma de buenos propósitos, que darán siempre de sí buenos resultados. Y el régimen que este Ministerio debía ensayar era un régimen difícil, la organizacion de la democracia, que supone siempre aptitudes singulares en los gobernados, y mayores aptitudes de prudencia, de imperio sobre sí

mismos en los gobernantes. Y no era la organizacion de la democracia tan sólo; era algo más difícil, más peligroso todavía; era hacer compatible esa democracia con un principio que la repugna, hacer compatible esa democracia con la Monarquía. Traidos á esta angustiosa situacion una pléyade de verdaderos hombres de Estado, en vez de una solucion desconocida ó repulsiva á la conciencia nacional, hubieran procurado una solucion que brillára como deben brillar los nombres de primera magnitud en la historia, con luz propia; y en vez de una democracia falseada, adulterada, sin límites conocidos en la teoría, pero encerrada en la práctica dentro de las antiguas costumbres, hubieran traído una democracia pura, en la cual los derechos individuales ejercieran su natural imperio, y el voto público pronunciára sus fallos soberanos. De esta suerte hubiéramos visto si la Monarquía conservaba aún bastante fuerza para domeñar las nuevas tempestuosas ideas, ó si estas ideas buscaban por su propia virtud, por un soberano impulso de crecimiento interior, su forma natural en la república. De todos modos hubiéramos tenido un régimen verdad, y no este régimen híbrido, y no esta larga serie de sofismas, y no esta turba de sofistas, que han quitado á la Monarquía su corona de gloria, sin dar á la democracia la plenitud de su vida y la totalidad de sus derechos.

Así es, señores Diputados, que un deber muy grande, un deber imprescindible, deber de patriotismo y de conciencia, me fuerza á deciros que en vuestra obra, á pesar de haber venido de luengas tierras, por tan larga navegacion y trayecto de ferro-carriles, en vuestra obra todo el mundo lee estas palabras: Frágil, frágil, frágil. Sí, estas palabras vibran en todos los labios, porque las ideas que expresan laten á su vez en todas las conciencias.

Que nosotros tuviéramos idea de que la solucion traída por la mayoría era una solucion frágil, de que la obra de la mayoría era una obra fugaz, no debe maravillar á nadie. La fe en una solucion opuesta debia inspirarnos inevitablemente esta creencia. Pero aquí, los más persuadidos de lo débil de esta situacion ciertamente no somos aquellos que la combatimos, sino aquellos que la mantienen y defienden. Hoy, en los gobiernos constitucionales, sobre todo si son gobiernos democráticos, la existencia de grandes partidos, fuertes organismos de las várias ideas, señores Diputados, es de necesidad suprema. Fuera de estas dos grandes agrupaciones, que miran la una á la fe y la otra á la razon; la una á los tiempos pasados y la otra á los tiempos por venir; la una á la Monarquía pura y la otra á la pura democracia, debe haber en el régimen vigente, para defenderlo de enemigos poderosos y tan formidables como el espíritu tradicional, que invalida la Monarquía democrática, y el espíritu republicano, que invalida la democracia monárquica; debe haber, por lo ménos, dos partidos fundamentales, encargado el uno de dar satisfaccion á las grandes aspiraciones de resistencia, y el otro á las grandes aspiraciones de progreso, que batallan fuertemente en el seno de esta sociedad incierta y convulsa, donde no hay institucion que esté firme sobre su cimiento, ni hay cimiento que esté firme sobre la tierra.

Si yo hubiera visto al comienzo de este régimen formarse los dos grandes partidos, conservador y radical, encargado el uno de traer las clases privilegiadas á los piés de esta Monarquía, y encargado el otro de traer el pueblo, yo creyera en la fe de nuestros partidos gobernantes por su alta solucion política. Pero tengo derecho á juzgarlos sin fe, sin creencias, sin ningun sentimiento de la perpetuidad de su obra, cuando veo

confundidos á los que predicán el predominio de la libertad sobre la autoridad con los que predicán el predominio de la autoridad sobre la libertad; á los que proclaman los derechos fundamentales ilegislables con los que quieren, no sólo legislarlos, sino también destruirlos; á los republicanos de ayer con los monárquicos de todos los tiempos; á los perseguidos con los perseguidores; á los que ponen, como el Sr. Becerra, la mecha insurreccional en la mano de los artilleros el 22 de Junio con los que fusilan los artilleros impiamente en las afueras de Madrid; á los que demandaban una dictadura perpétua, un estado de sitio perdurable, seis años de silencio, con los que en virtud de aquellos excesos de la victoria eran condenados á muerte en garrote vil; cáos que deploro, no porque envidie los desfrenos de poder á que sus dioses mayores y menores se entregan, sino porque creo que de esta confusion en las ideas, de este olvido de todos los compromisos, de esta abjuracion de toda la historia, sólo puede salir perdida la autoridad y falseada la libertad, sin prestigio los partidos y sin fuerza la democracia, destruida la Administracion y en bancarota la Hacienda, como sucede siempre que las leyes del equilibrio social se perturban por desmayos de la conciencia pública ó por irrupciones en el poder, por terribles irrupciones de la arbitrariedad y del sofisma.

Así, mirad la situacion de ese Gobierno, la situacion de esa mayoría. Ninguno de los partidos gobernantes cree, ninguno, en toda la obra constitucional que aparentan mantener. Para unos lo esencialísimo es el título 1, los derechos individuales, el sufragio universal que se glorían de haber traído; para otros, lo esencialísimo es la Monarquía, el Rey, el veto, las dos Cámaras que se glorían de haber salvado en la mayor inundacion democrática registrada por nuestra historia.

Los unos carecen de aquella fe ciega, de aquella lealtad austera, sin la cual las Monarquías son imposibles, y los otros carecen de aquel entusiasmo por la razon, por el derecho y por la democracia, que oculta las impurezas de la realidad y hace llevaderos los dolores sociales producidos siempre por la reciente emancipacion de los pueblos. Hay fracciones ahí, en esa Babel, que puebla los bancos de enfrente, decididas á volvernos más allá de la Constitucion del 37; hay fracciones decididas á conservar la tradicion histórica de un solo partido, del partido progresista; y hay fracciones que al menor desengaño volverán su conciencia arrependida al sol de la república. De aquí, señores, que todo sea mentira; sí, mentira la Monarquía, dominada por el principio republicano de la eleccion; mentira la democracia, aplastada bajo el principio monárquico de la herencia; mentira los derechos individuales, trastornados por las prácticas administrativas; mentira el sufragio universal, falseado en los últimos comicios; siendo todo lo que vemos y todo lo que tocamos el sueño de una sociedad en delirio, el período de descomposicion que ha precedido siempre en la historia, fatalmente, á la muerte de todas las épocas ya caducas, al castigo tremendo de todos los errores ya irremediables, á la bíblica dispersion de todos los sofistas.

¿No os hiere la vista, no os hiere la conciencia esta grande confusion, que no puede durar mucho tiempo sin que el pueblo español caiga en demencia, y en demencia furiosa? Junto á un principio americano, un principio asiático; junto á una iglesia privilegiada, la razon libre; junto á una Monarquía con todos sus atributos, los derechos individuales con todas sus consecuencias; junto á los derechos individuales, la prohibicion de discutir al Rey; junto á la prohibicion de discutir al Rey, el axioma republicano de la residen-